

TERCERAS JORNADAS NACIONALES DE HISTORIA SOCIAL
11, 12 y 13 de mayo de 2011
La Falda, Córdoba - Argentina

Mesa 7: Grupos sociales (siglos XIX-XX): prácticas, representaciones, identidades y conflictos

Autor: Mateo García Haymes

Inserción institucional: UNQ / UdeSA / CONICET

Dirección particular: mateogh@gmail.com

Situación de revista: Becario doctoral de Tipo II- CONICET

Título:

“La familia Bunge: modernos y segundones en las clases altas porteñas del ‘900”¹

Introducción

¿Cómo eran las clases altas porteñas del 900? La formulación de esta pregunta no puede ser sino provisoria, pues la misma noción de “clases altas” para nombrar a los grupos que ocupan la cúspide de las esferas sociales, económicas y políticas encierra una serie de características que el interrogante problematiza. Signo de esto ha sido que las elites locales han sido nombrados de maneras muy diversas –clase alta, oligarquía, burguesía, clases dominantes, alta sociedad, etc.-. Cada una de estas denominaciones encierra una interpretación y una aproximación metodológica distinta. Aunque se ha llegado a ciertos consensos, las características de este o estos sector/es aún es una agenda en construcción.

La literatura socialista de las décadas del ‘20 y del ‘30 ha utilizado el término “oligarquía” para caracterizar estos grupos. De acuerdo a este punto de vista, se trataba de un sector omnipotente que se había adueñado de la tierra y del poder a partir de la independencia o incluso en el período tardocolonial². Esta denominación, junto a otras como “clase alta” o “clases dominantes”, ha servido a algunos trabajos más recientes que

¹ Agradezco las agudas observaciones de los comentaristas de la mesa en la que fue presentada esta ponencia: Fernando Remedi, Mirta Zaida Lobato y Sandra Gayol. En otras oportunidades, también han sido muy sugerentes los comentarios de Roy Hora y María Bjerg sobre versiones anteriores del texto.

² Entre la historiografía socialista que ha sostenido esta visión, vale mencionar los trabajos de Jacinto Oddone, *La burguesía terrateniente argentina*, Buenos Aires, Ediciones Iberá, 1967 (1930). Han retomado esta perspectiva los trabajos de Aldo Ferrer, *La economía argentina. Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004 (1963).

argumentaron que a partir de su posición dominante en todas las esferas de poder estos sectores hicieron un uso instrumental del Estado para enriquecerse³.

Estas interpretaciones han sido discutidas desde diversas vertientes. Desde la historiografía más definidamente política se ha contribuido a matizar el retrato tradicional de una clase alta homogénea, indiferenciada y omnipotente. Fue ésta la que introdujo el plural para referirse a los sectores dominantes: se los denominó como “élites”. Esta diferencia, aparentemente trivial, supuso contemplar las diversidades regionales y ocupacionales de los grupos dominantes de la Argentina criolla⁴. Otros estudios dieron un nuevo significado al término “oligarquía”, circunscribiéndolo a una elite política, dueña de los resortes de poder pero no necesariamente atravesada por el consenso ni alineada o superpuesta con la elite económica⁵.

Más recientemente, algunos trabajos desde la historia social y política se han referido a las elites económicas como “clase terrateniente”, lo que supuso identificar a un sector económicamente dominante autónomo y separado del poder político. Además, la denominación permitió asociar a esta elite económica con una actividad específica, poniendo en cuestión el comportamiento especulativo y diversificado que sugerían estudios anteriores. Por otro lado, sugerían que no fue desde la independencia, sino recién en las últimas décadas del siglo XIX cuando este grupo adquirió un perfil definidamente rural al volcar sus inversiones -hasta entonces sí poco especializadas- en la tierra⁶. Antes de la

³ Entre los trabajos que sostienen la visión de un estado instrumental a los intereses de las elites económicas, es posible identificar a dos grupos distintos. Por un lado, aquellos que sostienen que el estado estaba dominado por los empresarios rurales, que conformaban una oligarquía terrateniente (por ejemplo, Aldo Ferrer, *La economía argentina...*), y por otro, aquellos que sostuvieron que el estado no estaba dominado por empresarios rurales, sino por una clase dominante diversificada y de comportamiento especulativo (por ejemplo, Jorge Sábato, *La clase dominante en la Argentina moderna. Formación y características*, Buenos Aires, CISEA-Imago mundi, 1991, entre otros)

⁴ Ver Tulio Halperin Donghi, *Revolución y Guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002; Id., *La formación de la clase terrateniente bonaerense*, Buenos Aires, Prometeo, 2007; e Id., “The Buenos Aires Landed Class and the Shape of Argentine Politics (1820-1930),” en Evelyn Huber y Frank Safford (ed.), *Agrarian Structure and Political Power: Landlord and Peasant in the Making of Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1995, pp. 39-66.

⁵ Natalio Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916* (1977), Buenos Aires, Sudamericana, 1994.

⁶ Al respecto, ha habido una largamente comentada discusión entre Roy Hora y Jorge Schvarzer sobre el perfil económico de las elites porteñas de fines del XIX y principios del XX. Schvarzer argumentaba la existencia de una elite empresaria especuladora, multiimplantada y poco especializada. Esta visión era compartida también por autores como Jorge Sábato, cuyas ideas han tenido amplia recepción en los años '80 y '90. Ver Jorge Sábato, *La clase dominante...*. Roy Hora, por el contrario, sostuvo que en dicho periodo había existido un proceso de especialización de estos grupos en el sector rural. Ver al respecto Roy Hora, “Terratenientes,

década de 1880, sostienen estos trabajos, las actividades pecuarias ocupaban sólo una parte marginal o poco relevante de sus negocios y no eran muchos los empresarios que se definían como terratenientes⁷. La identificación de este actor colectivo vinculado a una actividad económica especializada permitió a la vez avanzar en el estudio de los industriales como grupo autónomo dentro de las elites económicas⁸. Estos trabajos también contribuyeron a establecer diferencias entre elites económicas y poder político argumentando que la relación entre ambos distó de ser armónica, simbiótica o instrumental⁹. Otros estudios que exploraron desde la historia social los grados de integración entre la elite política del interior y la elite económica porteña durante la hegemonía del roquismo retomaron estas posiciones¹⁰.

No menos importantes en esta agenda han sido los trabajos que exploraron a las elites vinculadas con el mundo de la cultura. Algunos de estos estudios resaltaron heterogeneidades y tensiones hacia dentro y hacia fuera de la esfera intelectual al poner bajo la lupa ciertos actores o redes intelectuales particulares. En ese sentido, cuestionaron el retrato tradicional de una elite intelectual homogénea y al servicio –cuando no cómplice– del Estado. A su vez, destacaron el carácter moderno, reformista o pionero de algunos personajes o corrientes, desarmando o complejizando el retrato de una elite cultural atrasada¹¹.

industriales y clase dominante en Argentina. Respuesta a una crítica”, en *Desarrollo Económico*, vol. 41, nro. 161 (abril-junio de 2001)

⁷ Ver Tulio Halperín Donghi, *La formación de la clase terrateniente...*. Además, ver Roy Hora, *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002; e Id., “Del comercio a la tierra y más allá. Los negocios de Juan José y Nicolás de Anchorena (1810-1856)”, en *Desarrollo Económico*, vol. 44, nro. 176, (enero-marzo de 2005).

⁸ Roy Hora, “Los grandes industriales de Buenos Aires: sus patrones de consumo e inversión, y su lugar en el seno de las elites económicas argentinas, 1870-1914”, en *Anuario IEHS*, N° 24, 2009. Hasta entonces, el retrato que predominaba era el de un grupo de empresarios de comportamiento especulativo que invertían tanto en la tierra como en las industrias o en la renta urbana. En ese sentido, industriales, terratenientes o rentistas aparecían como un grupo indiferenciado. Para este punto de vista, ver Jorge Schvarzer, *Empresarios del pasado. La Unión industrial Argentina*, Buenos Aires, Imago Mundi, 1991; Fernando Rocchi, *Chimneys in the Desert. Industrialization in Argentina During the export Boom Years, 1870-1930*, Stanford, Stanford University Press, 2006.

⁹ Roy Hora, *Los terratenientes...*, cap. III; e Id., *Los estancieros contra el Estado. La Liga agraria y la formación del ruralismo político en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

¹⁰ Stephanie Bower, “Political and socio-economics elites: The encounter of provincials with porteños in the fin-de-siècle Buenos Aires”, en *The Americas*, 59:3, January 2003, pp. 379-403.

¹¹ De esta vertiente, cabe destacar los trabajos de Laura Malosetti Costa, *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001; Paula Bruno, *Pioneros culturales de la Argentina. Biografías de una época*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011; y Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos

Todos estos avances contribuyeron a retratar a las elites como un sector diverso, móvil y heterogéneo. De esta manera, se llegó al consenso de que la complejización de la sociedad y la autonomización de los distintos campos dieron como resultado la coexistencia no siempre armónica de tantas elites como sectores en la economía y en la sociedad. Además, se matizó el carácter intrínseco del conservadurismo de estos grupos. Al colocarlos en un contexto más amplio, lo que mostraron estos trabajos es que sus gestos tradicionalistas y antireformistas –diversos y con distintas temporalidades- fueron una respuesta a los cambios económicos, políticos, sociales y culturales de las primeras décadas del siglo XX y no un rasgo “natural” e inmutable de los sectores encumbrados de entresiglos.

Sin embargo, en los últimos años aparecieron estudios muy sugerentes que proponen una interpretación que, en cierto sentido, concilia la visión de las clases altas como un sector homogéneo con aquella que resalta su diversidad. Estos trabajos ponen el foco en los aspectos sociales y culturales de estos sectores para argumentar que hacia los últimos años del siglo XIX se construyó una identidad de clase que atravesó adscripciones políticas e intereses económicos¹². Según este punto de vista, las clases altas delinearon un conjunto de rasgos identitarios articulados en torno a sus orígenes familiares, sus ritos y sus hábitos en la vida social, y no en torno a su posición o actividad económica o sus filiaciones políticas. Sus ámbitos de sociabilidad, sus pautas matrimoniales, su estilo de vida, sus hábitos y sus consumos, de acuerdo a esta perspectiva, sirvieron a las elites para diferenciarse de los nuevos sectores sociales con aspiraciones de respetabilidad que la inmigración y la movilidad social habían acarreado. Hacia el '900 y hasta la primera posguerra, estos comportamientos se transformaron en hegemónicos, situando a las clases altas como grupo de referencia frente al resto de la sociedad. Denominando este grupo

Aires, Editorial Sudamericana-Universidad de San Andrés, 1995. Este trabajo, especialmente en su primer capítulo, también ha contribuido a identificar una elite política separada de una elite económica y, en ese sentido, ha discutido las caracterizaciones de la política del período como un “feudo controlado por la aristocracia terrateniente”.

¹² Leandro Losada, *La alta sociedad en la Buenos Aires de la belle époque. Sociabilidad, estilos de vida e identidades*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, Id., “¿Oligarquía o elites? Estructura y composición de las clases altas en la ciudad de Buenos Aires entre 1880 y 1930”, en *Hispanic American Historical Review* 2007, 87 (1), pp. 43-75; “Sociabilidad, distinción y alta sociedad en Buenos Aires: Los clubes sociales de la elite porteña (1880-1930)” en *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, vol. 45, N° 180, enero-marzo 2006 (pp. 547-572).

como “alta sociedad”, argumentan que estos rasgos se forjaron en gran parte a partir de la adquisición de costumbres, gustos y consumos imitados de las aristocracias europeas¹³.

Estos trabajos también han resaltado las diferencias que existían dentro de las clases altas porteñas en cuanto a ocupaciones, niveles de riqueza y vinculación política. En ese sentido, han contribuido a distinguir la elite política de la elite económica, y éstas de la elite intelectual. A la vez, agregaron en el campo de lo social lo desagregado en el campo de lo político y lo económico. La noción de “alta sociedad” ha vuelto a agrupar a estas elites diversas en un colectivo social relativamente homogéneo en cuanto a sus hábitos y su estilo de vida aristocrático. Es decir que, desde esta perspectiva, las clases altas del 900 se definieron por su posición predominante, no en todas las esferas de la sociedad, sino en la estrictamente social.

Aquí volvemos a poner el foco en el campo de lo social y lo cultural para narrar la historia de los Bunge Arteaga, una familia que en los primeros años del siglo XX se convertiría en una de las dinastías de intelectuales más prominentes de la Argentina. Sus miembros se destacarían en el desempeño tanto de profesiones liberales como en la administración pública y, sobre todo, en la actividad intelectual como representantes de la cultura científica de entresiglos. Si bien ninguno de ellos ocuparía cargos políticos, dentro de su círculo íntimo se contarían algunos de los apellidos más prominentes del orden conservador.

No es ésta la primera vez que se estudia esta familia. Ha habido valiosos trabajos que desde la historia de las ideas se han ocupado de los integrantes que más brillaron en el ámbito cultural, deteniéndose específicamente en sus trayectorias, sus biografías e itinerarios intelectuales¹⁴. Si bien estos han sido aportes muy ricos para conocer la

¹³ Además de los ya citados, otros trabajos se detienen en prácticas aristocráticas específicas, por ejemplo, sobre los duelos, Sandra Gayol, *Honor y duelo en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, y sobre consumo de arte, María Isabel Baldasarre, *Los dueños del arte. Coleccionismo y consumo cultural en Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.

¹⁴ Sobre Carlos Octavio Bunge, ver Oscar Terán, “Carlos Octavio Bunge: entre el científico y el político”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, Año 2, N° 2, Universidad Nacional de Quilmes, Quilmes, 1998; e Id., *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, cap. III. Sobre Augusto Bunge, ver Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas...*, pp. 55-59 y 111-114. Sobre Alejandro Bunge, ver José Luis De Imaz, “Alejandro E. Bunge, economista y sociólogo (1880-1943)”, en *Desarrollo Económico*, vol. 14, N° 55, octubre-diciembre 1974, pp. 545-567; Juan José Llach, “Alejandro Bunge, la Revista de Economía Argentina y los orígenes del estancamiento económico argentino”, en *Valores*, Año XXII, N°59, Buenos Aires, mayo de 2004; Hernán González Bollo, “La formación intelectual del Ingeniero Alejandro Ernesto Bunge (1880-1913)”, en *Valores*,

formación, las preocupaciones y adscripciones intelectuales e incluso políticas de los Bunge Arteaga, no ha habido trabajos que se hayan centrado específicamente en los aspectos sociales y culturales que organizaban la vida de los Bunge Arteaga a pesar de la existencia de una vasta documentación privada que habilita su estudio. Esta ponencia se propone comenzar a suplir esa carencia indagando específicamente en los lazos sociales, los valores, los consumos y en el estilo de vida de esta familia.

En diversos géneros, con distintos sentidos y desigual frecuencia, casi todos los miembros de esta familia escribían. Como consecuencia, han dejado una abundante y diversa producción que no ha sido desaprovechada. Los trabajos que sacaron a la luz dicho corpus de fuentes han narrado la historia íntima de los Bunge Arteaga de manera muy minuciosa y detallada. Sin embargo, la riqueza de fuentes no ha sido acompañada en éstos por una preocupación similar al momento de interpretarlas¹⁵. Aquí nos proponemos comenzar a llenar ese vacío interpretativo enmarcando nuestro estudio en la discusión sobre las características de las clases altas. En efecto, la trayectoria de esta familia brinda elementos sugerentes para reflexionar sobre los rasgos de los grupos encumbrados de la ciudad de Buenos Aires en torno al 900 y proponer desde otra perspectiva nuevas respuestas a algunas de las preguntas que organizan este debate: ¿Existió un colectivo social que agrupó a las clases altas porteñas de fines del XIX y principios del XX? Si lo hizo, ¿qué rasgos lo definían?, ¿se trató de una oligarquía omnipresente o, por el contrario, de varias elites que compartían un espacio social? Si no lo hizo, ¿qué grupos componían las clases altas porteñas de esos años?, ¿cómo se relacionaban entre ellos? Más en general, ¿existió una identidad de clase entre las elites de la Buenos Aires de esos años? Esta ponencia no se propone responder a todas estas preguntas, sino más bien esbozar algunas líneas de investigación tendientes a explorar la/s identidad/es de las clases altas porteñas tomando como objeto de estudio a los Bunge Arteaga.

Año XXII, N° 59, mayo de 2004; y Jorge Pantaleón, “El surgimiento de la nueva economía argentina: el caso Bunge”. En Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comp.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 2004, pp. 175, 201.

¹⁵ Ver Eduardo José Cárdenas y Carlos Manuel Payá, *La familia de Octavio Bunge*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1995; e Id., *La Argentina de los hermanos Bunge. 1901-1907*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1997. Sobre Delfina Bunge, ver Lucía Gálvez, *Delfina Bunge. Diarios íntimos de una época brillante*, Buenos Aires, Planeta, 2000.

Orígenes y trayectorias familiares

A diferencia de muchas de las familias de las clases altas -como los Alvear, los Álzaga o los Anchorena- los Bunge Arteaga no cuentan sino de manera indirecta con protagonistas de las gestas patrias u hombres considerados pilares en la edificación de la nación. No se encuentran en su linaje personajes destacados de la burocracia colonial, ni de las luchas revolucionarias, ni tampoco de las guerras que signaron las décadas centrales del siglo XIX. Tanto por el lado paterno como por el materno, la estirpe de esta familia combina comerciantes coloniales con inmigrantes tempranos sin fortuna que aprovecharon a través de sus contactos con ultramar las oportunidades que brindó el fin de la ruta de Cádiz. Los Bunge y los Arteaga serían miembros destacados de la elite social y económica en el escenario abierto a partir de la ruptura del orden colonial, cuando el nuevo contexto republicano, en detrimento de un orden social más estamental, colocó al mérito individual en el centro de los procesos de construcción de prestigio social¹⁶. Los reacomodamientos más o menos exitosos de los antepasados coloniales de esta familia al complejo escenario posrevolucionario porteño dependieron de su capacidad de incorporar a hombres nuevos a sus filas.

Uno de estos hombres nuevos fue el abuelo paterno de los Bunge Arteaga, Carlos Augusto, quién llegó al puerto de Buenos Aires en 1827 proveniente de Reimscheid, en la región alemana de Westfalia. A su arribo, con 23 años, Carlos Augusto no contaba con más recursos que sus capacidades y el capital relacional que le otorgaban sus lazos de parentesco y de amistad que poseía en su lugar de origen. Éstos le permitieron instalarse rápidamente como comisionista de varias empresas comerciales europeas a las que estaba vinculado ya sea por ser familiar o conocido. Por esos años, la economía rioplatense estaba en plena transición. La ruptura del orden colonial y la apertura del comercio provocaron un desplazamiento del epicentro mercantil desde Potosí hacia Buenos Aires y, más paulatinamente, desde la minería hacia la ganadería. Los negocios de estas latitudes, que durante la colonia giraban en torno a la minería potosina, comienzan a orientarse hacia la exportación de productos pecuarios a través del Atlántico. Como consecuencia, los comerciantes de la plaza porteña que se habían beneficiado por el monopolio colonial

¹⁶ Ver Jorge Myers, “Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de la sociabilidad de la elite”, en Fernando Devoto y Marta Madero (comps.), *Historia de la vida privada en Argentina. Tomo I: País antiguo. De la colonia a 1870*, Buenos Aires, Taurus, 1999.

debieron acomodarse de diversas maneras y con desigual grado de éxito al nuevo escenario¹⁷. Al haber llegado en momentos que la economía de esta región afianzaba su orientación hacia el Atlántico, las relaciones ultramarinas de Carlos Augusto allanaron su camino de ascenso social. Además, lo transformaron en un candidato más que deseable para las hijas casaderas de los comerciantes en proceso de reacomodamiento. Su casamiento con Genara Peña Lezica, viuda de otro alemán, a sólo dos años de haber arribado al país muestra que, tras la independencia, las relaciones personales ancladas en el parentesco continuaron siendo centrales en la forma de organizar los negocios en el Río de la Plata como lo habían sido en la colonia y que, en ese sentido, el matrimonio cumplía, entre otras, una función económica, pues permitía reforzar vínculos comerciales que la inestabilidad política y la falta de instituciones hacían frágiles¹⁸. Genara era hija de Francisco Peña, un comerciante español que había gozado de la prosperidad que brindaba a algunos el comercio gaditano, y de Juana Ventura Lezica, también proveniente de una familia de comerciantes, aunque éstos eran criollos con larga raigambre en el Río de la Plata. A raíz del fin del monopolio, los Peña cayeron en quiebra -aunque se recuperarían paulatinamente hacia la década de 1840 con inversiones en la economía rural-. En cambio, los Lezica, familia materna de Genara, lograron acomodarse con relativo éxito al mercado poscolonial precisamente a partir de alianzas comerciales y familiares con la colectividad alemana a la cual Bunge pertenecía.

Muchos de los comerciantes extranjeros que se emparentaron a través del matrimonio con las elites criollas y se dedicaron al comercio, a las finanzas y/o a las actividades rurales a lo largo de la primera mitad del siglo XIX acumularon fortunas muy

¹⁷ Un trabajo clásico, fundador de las interpretaciones sobre este proceso, ha sido Tulio Halperín Donghi, “La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires”, en Torcuato Di Tella y Tulio Halperín Donghi (comps.), *Los fragmentos del poder*, Buenos Aires, Ed. Jorge Álvarez, 1969.

¹⁸ Ver Diana Balmori, Stuart F. Voss y Miles Wortman, *Las alianzas de familias de familias y la formación del país en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990. En el escenario económico poscolonial litoraleño, a partir del fin del monopolio y la apertura comercial, el establecimiento de lazos comerciales con ultramar, que muchas veces se tradujeron en lazos de parentesco entre las elites criollas y extranjeros, adquirió una centralidad mayor a partir del dinamismo que comenzó a tomar la economía rural y la paulatina emergencia de un “consenso agroexportador”. Al respecto, ver Tulio Halperín Donghi, *Revolución y guerra...*; Jorge Gelman, “El mundo rural en transición”, en Noemí Goldman (dir.), *Revolución, república, confederación (1806-1852). Nueva Historia argentina. Tomo 3*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2000. Sobre el matrimonio de Bunge con Genara Peña Lezica, ver Diego Herrera Vegas, *Familias Argentinas, T. II*, Buenos Aires, Ediciones Callao 1823, 2006. Sobre la importancia del parentesco como forma de organizar los negocios en el período tardocolonial, ver Susan Socolow, *Los mercaderes del Buenos Aires virreinal. Familia y comercio*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1991.

considerables que lograron transmitir a sus herederos, quienes gozaron sin mayores esfuerzos de grandes riquezas¹⁹. El abuelo de los Bunge Arteaga y sus descendientes no correrían con la misma suerte. Los negocios de Carlos Augusto Bunge no asegurarían a su muerte una situación holgada para sus ocho hijos, quienes debieron acumular fortuna por sus propios medios. Al enviudar, en 1849, Genara Peña Lezica continuó percibiendo la renta de la casa comercial iniciada por su marido, en sociedad tras la muerte de éste con su cuñado Hugo y con el alemán Franz Bornefeld. Además, alquilaba una barraca en La Boca que había heredado de la familia Peña. Esto le permitió mantener un estilo de vida relativamente holgado. Por esos años, los Bunge Peña vivían en Catedral al Sur, el barrio más característico de las clases altas porteña. Convivían con Hugo Bunge, su mujer Constanza Ramos Mejía, una hermana de ésta y los dos hijos del matrimonio. También vivía allí Bornefeld, quien alquilaba dos habitaciones a Genara que ocupaban él, otros dos socios comerciales que habían arribado tras la muerte de Carlos Augusto y tres dependientes, todos ellos alemanes. Contaban además con un plantel de diez sirvientes²⁰. Sin embargo, los años que siguieron a la muerte de Carlos Augusto serían tormentosos para la casa comercial que éste fundara. En 1857, pocos meses antes de la muerte de Genara, Bunge & Bornefeld cayó en la quiebra. Para cubrir las deudas contraídas por la empresa y una hipoteca que pesaba sobre la casa familiar, los ocho huérfanos Bunge debieron liquidar casi todos los bienes inmuebles que habían heredado: una quinta en Flores y la casa familiar. El único bien que conservaron –y del que continuaron percibiendo una renta- fue la barraca de los Peña en La Boca. Tras cancelar las deudas, lo restante se repartió entre los hermanos. Cada uno de ellos recibiría una suma veinte veces menor al valor de la casa familiar que había adquirido su padre dos décadas antes²¹. A partir de entonces, los Bunge Peña tendrían trayectorias muy diversas, desempeñándose en distintos campos y con desigual grado de éxito social y económico.

¹⁹ Sobre algunas trayectorias de ascenso social y enriquecimiento de los inmigrantes tempranos, ver, por ejemplo, para la familia Santamarina, Andrea Reguera, *Patrón de estancias. Ramón Santamarina: una biografía de fortuna y poder en la pampa*, Buenos Aires, Eudeba, 2006; para los Tornquist, Jorge Gilbert, *Empresario y empresa en la Argentina moderna. El grupo Tornquist, 1873-1930*, tesis de maestría, Universidad de San Andrés, Julio de 2001.

²⁰ Los datos sobre la unidad doméstica de los Bunge Peña fue extraída del Censo Parroquial de la Ciudad de Buenos Aires, 1855

²¹ Sucesión Carlos Augusto Bunge, AGN.

Algunos de los hijos de Carlos Augusto y Genara retomarían la senda del ascenso social. Sin embargo, a diferencia de sus antepasados maternos, éstos no lo harían incorporando en su red de parentesco a comerciantes o industriales extranjeros. Es que en la segunda mitad del siglo XIX los caminos del ascenso se trazaban a través de otros medios. Para Emilio y Rodolfo Bunge Peña, serían el talento empresarial y los vínculos matrimoniales las instancias centrales en la construcción de trayectorias económicas exitosas. Éstos amasarían verdaderas fortunas desempeñándose primero en el comercio de exportación y más tarde en explotaciones agrícolas y ganaderas tras acceder a la tierra emparentándose a través del matrimonio con familias coloniales de grandes propietarios rurales²². La política no estaría ausente en la vida de estos hermanos. Emilio llegó a ser intendente de la ciudad de Buenos Aires entre 1894 y 1896, y Rodolfo, que había iniciado su ascenso social con una destacada carrera militar que culminó en la Guerra del Paraguay, fue delegado municipal entre 1871 y 1874, diputado de la Legislatura porteña entre 1877 y 1879 y, finalmente, senador por la localidad de General Villegas en la legislatura de la provincia de Buenos Aires entre 1891 y 1893. Si bien ni Emilio ni Rodolfo abandonarían del todo las actividades comerciales y políticas –también militares en el caso del segundo– para dedicarse a las actividades rurales, éstas fueron adquiriendo cada vez más importancia tanto en términos económicos como identitarios. Si en 1869 ambos se veían a sí mismos como comerciantes, en la última década del siglo lo harían como hacendados²³. Para entonces, se había acentuado el carácter territorial de sus fortunas y la figura del terrateniente había adquirido un nuevo sentido social al dotarse de prestigio²⁴.

Laura, la mayor de las dos hermanas mujeres, también gozaría de una vida holgada gracias a su casamiento con un propietario rural. En 1860, se casó con Román Pacheco, hijo del general Ángel Pacheco, de quién había heredado grandes extensiones de tierra en la provincia de Buenos Aires. De salud frágil, Román moriría en 1871, transformando a Laura en una de las mujeres más ricas del país. Ésta viviría hasta su muerte de la renta que le brindarían sus tierras.

²² Las trayectorias de los Bunge Peña, salvo cuando se indique otra cosa, fueron extraídas de Eduardo José Cárdenas y Carlos Manuel Payá, *La familia...*, y de varios diccionarios biográficos. Ver bibliografía

²³ Censo Nacional de 1869, Secciones 1º y 14º, Buenos Aires; y Censo Nacional de 1895, Secciones 1º y 5º, Buenos Aires.

²⁴ Roy Hora, *Los terratenientes...*, p. 89-92.

No serían éstos los únicos hermanos Bunge Peña que recuperarían la movilidad social ascendente. Pero si para los primeros los ejes sobre los que se articuló su éxito fueron el comercio y luego la tierra, para Ernesto y Octavio serían sus profesiones, que les otorgaron más prestigio social que prosperidad económica. Ernesto se estableció desde muy joven en Düsseldorf para cursar sus estudios secundarios viviendo con su abuelo y sus tías Bunge. Luego se trasladó a Berlín donde se recibió de arquitecto y comenzó a ejercer su profesión en un estudio privado. En 1868 volvió a Buenos Aires estableciendo su propio estudio. A pesar de que al año siguiente se casó con una de las hijas del poderoso estanciero Francisco Chas, Ernesto continuó dedicado a su profesión sin interesarse por la actividad rural. Entre 1870 y 1890, se transformaría en uno de los arquitectos más reconocidos del país, construyendo varios edificios públicos -como la moderna Penitenciaría Nacional de la calle Las Heras, la Escuela Normal de Maestras y otros establecimientos carcelarios- y muchas de las lujosas residencias de las familias más ricas del país –entre ellas, la de los estancieros Leonardo Pereyra y Carlos Guerrero-. Además, sería un impulsor de su campo profesional al transformarse en uno de los fundadores de la Sociedad Central de Arquitectos. Por su parte, Octavio formaría parte de la élite de servicio que comenzaba a ocupar puestos en la incipiente administración estatal. El padre de los Bunge Arteaga se recibió de abogado y en 1869, tras un largo viaje por Europa, ingresó en el poder judicial como relator del Superior Tribunal de la Provincia de Buenos Aires. Cuatro años después, fue nombrado juez penal de primera instancia y más tarde pasó a integrar la Cámara de apelaciones en lo criminal, correccional y comercial. Finalmente, en 1892 sería nombrado Ministro de la Suprema Corte.

Tampoco faltaron entre los Bunge Peña quienes no lograron retomar la senda ascendente. El mayor de los hermanos, Eduardo, viajó a Estados Unidos para dedicarse al comercio en una empresa de unos parientes Bunge. Tras la muerte de su madre volvió a Buenos Aires y se casó en 1866 con Victoria de la Serna, su sobrina segunda. El matrimonio se instaló en Entre Ríos donde arrendó un campo para dedicarse a la agricultura. Desconocemos cuál fue su suerte. Sin embargo, algunos indicios sugieren que sus negocios no fueron demasiado prósperos. En 1895, Ernesto y Victoria habían vuelto a Buenos Aires, vivían en Barracas sin servicio doméstico y sus hijos se dedicaban al comercio. El mayor de ellos, Benjamín, continuaba viviendo en Rosario, donde rentaba una

habitación y se desempeñaba como empleado²⁵. Por su parte, uno de los menores Bunge Peña –Leopoldo–, acosado por la mala salud, fue incapaz de generar sus propios medios de vida. Soltero y sin hijos, dependió de sus hermanos hasta la muerte.

Es probable que los hermanos Bunge Peña que tuvieron trayectorias exitosas aprovecharan el capital relacional que había acumulado su padre. Sin embargo, cabe destacar que, en mayor o menor medida, se abrieron camino por sus propios medios -salvo Laura, quien heredó de su marido, sin contar que de acuerdo a las convenciones de género sus posibilidades de valerse por sí misma en términos económicos eran limitadas-. Estos medios, que fueron muy distintos de los que se había servido su padre, expresan en cierta medida las múltiples formas de acomodamiento que las elites porteñas atravesaron a raíz de las transformaciones económicas y culturales de la segunda mitad del siglo XIX: mientras que Emilio y Rodolfo renovarían el prestigio familiar integrando la nueva clase terrateniente en su momento de mayor reconocimiento social, Ernesto y Octavio lo harían como profesionales modernos. En efecto, los varones Bunge Peña fueron hombres que se hicieron a sí mismos siendo a su vez pioneros, pues sus trayectorias no muestran sólo su ascenso individual, sino también el ascenso de nuevas figuras sociales. Sus ocupaciones eran un producto de la modernidad que atravesaba la Argentina finisecular, más que un resabio de la sociedad tradicional.

Una elite meritocrática

Los hijos varones de Octavio, quién se había casado en 1874 con María Luisa Arteaga, también se harían a sí mismos, pero en otras esferas. Gracias a sus propios méritos, los varones Bunge Arteaga pudieron mantener la posición social que Octavio había alcanzado siendo estos también representantes de una nueva figura social: la del intelectual moderno. Todos ellos alternaron su actividad intelectual con el ejercicio profesional independiente o al servicio del Estado y, en el caso de Augusto, la actividad política. “Todos ellos me han nacido profesores” decía María Luisa no sin orgullo²⁶.

²⁵ Censo Nacional de 1895, Sección N°19, Subdivisión N°16.

²⁶ Diario íntimo de Delfina Bunge, cuaderno IX, p. 38. Citado en Eduardo José Cárdenas y Carlos Manuel Payá, *La Argentina...*, p. 15.

Carlos Octavio, el mayor y más destacado de los hermanos, fue un fiel representante de la cultura científica del '900²⁷. Tras recibirse de abogado, se transformó en uno de los intelectuales positivistas más reconocidos del país. Además, brilló como teórico del derecho y de la educación, ocupó varias cátedras universitarias y, entre otros empleos para el Estado, colaboró con Joaquín V. González en la redacción del Código de Trabajo de 1904. Aunque con menos éxito, se dedicó también a la labor literaria. Fue autor de varias novelas, cuentos y obras de teatro de poca relevancia. Augusto, el segundo Bunge Arteaga, fue un intelectual reformista que alternó el ejercicio de la medicina con el periodismo, el servicio al Estado y la actividad política en las filas del socialismo. También fue profesor universitario y publicó varios artículos de relevancia en la revista de José Ingenieros *Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines*. Sucedió a Juan B. Justo en la dirección de *La Vanguardia*. Además, fue un impulsor del Departamento Nacional de Higiene, donde ocupó el puesto de jefe de la sección de Higiene Industrial y Social²⁸. Por su parte, Alejandro -el cuarto- fue uno de los primeros y más destacados economistas del país. Se recibió de ingeniero en Alemania y regresó a la Argentina para dedicarse casi exclusivamente a tareas intelectuales. Fundó la célebre *Revista de Economía Argentina* y también ejerció la docencia universitaria. A partir de la década del '20, le fueron encomendadas diversas tareas al servicio del Estado, como el rol de Director General de Estadística o de Asesor del Ministerio de Hacienda.

El resto de los hermanos tendría trayectorias algo menos destacadas. Roberto, abogado, ocupó varios cargos públicos. Entre ellos, fue secretario de Joaquín V. González entre 1901 y 1904, cuando éste se desempeñó como ministro del Interior. Además, fue profesor universitario y escribió varios artículos de crítica literaria en la revista de Manuel Gálvez, *Ideas*²⁹. Eduardo, también abogado, se desempeñó en el poder judicial llegando a ser juez en el Juzgado del Crimen de la Capital. Además, fue profesor y autor de varios libros de derecho. Jorge, el menor de los Bunge Arteaga, estudió en Alemania al igual que Alejandro con una beca del gobierno argentino. Tras recibirse de arquitecto e ingeniero, en

²⁷ Sobre las ideas de Carlos Octavio Bunge, ver Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, cap. III.

²⁸ Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas...*, p. 111.

²⁹ Manuel Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria. Amigos y maestros de mi juventud*, Buenos Aires, Hachette, 1961.

la década del '20 volvió al país a desempeñarse con mucho éxito como profesional independiente. En 1940, fundó la ciudad balnearia de Pinamar.

Cabe resaltar que las mujeres Bunge Arteaga también tuvieron una trascendencia pública que no era habitual entre sus congéneres. Delfina fue una de las primeras escritoras, junto con Alfonsina Storni, en obtener el Premio Municipal –en 1922- y el Premio Nacional –en 1923-. Fue autora de novelas, ensayos y diversas traducciones. Además, junto a su esposo Manuel Gálvez, impulsó a través de distintas iniciativas la participación femenina en la literatura y en la cultura. Junto a ella, su hermana Julia fue autora de varios libros de lectura escolar.

La participación de las mujeres Bunge Arteaga en el mundo de la cultura –que, como revelan sus diarios, era alentada tanto desde la familia como desde su círculo de amistades más cercano-, la adhesión de los varones a corrientes reformistas, su rol en el ámbito de la cultura y en la conformación de un campo intelectual moderno nos devuelven una imagen que poco tiene que ver con las visiones tradicionales que retrataban a las clases altas del '900 como una elite atrasada y conservadora. Por el contrario, los Bunge Arteaga –como también sus antepasados- parecen haberse adaptado con éxito a los cambios vertiginosos que dieron lugar a la Argentina moderna.

El círculo social en el que se movían los Bunge Arteaga sugiere que no eran ellos los únicos miembros de las clases altas con esa capacidad de adaptación. En efecto, el mundo de relaciones de los Bunge Arteaga y sus ausencias sugieren que en las clases altas del 900 coexistieron distintos círculos con modelos disímiles de éxito social. Si la élite económica intentaba construir un lugar social a través del consumo conspicuo, el abolengo y el estilo de vida aristocrático, la élite intelectual a la que los Bunge Arteaga pertenecían lo hacía a través de sus méritos intelectuales y profesionales, tanto por cierta moralidad como por carencia de otros medios. Así lo sugieren las características socio-ocupacionales del círculo social de los Bunge Arteaga, que se asemejaban mucho a las de los varones de la familia.

A partir de los diarios de Julia y Delfina Bunge Arteaga, es posible identificar un círculo social estable que está constituido principalmente por relaciones de amistad de Carlos Octavio, Roberto, Delfina y Julia. Generalmente, sus padres eran amigos entre sí y

todos solían coincidir en diversos espacios de sociabilidad, tanto formal como informal³⁰. Muchos de ellos compartían también los veraneos en San Isidro y, hacia el fin de la década, en Mar del Plata. El universo masculino que frecuentaba Julia y sus hermanos estaba compuesto en su mayoría de abogados que alternaban el ejercicio independiente de su profesión con algún cargo público, tanto en el poder judicial como en el poder ejecutivo, con el ejercicio del periodismo y con la docencia universitaria. Tal es el caso, por ejemplo, de Carlos Becú, de Mario Carranza o de Alberto Tedín Uriburu. Algunos de éstos, como Carlos Saavedra Lamas o el mismo Becú, comenzaban en la primera década del siglo XX a brillar en el mundo intelectual y cultural. En menor medida, también predominan los médicos que también con frecuencia ocupaban empleos estatales. Muchos de ellos también se dedicaban a la política y a la docencia –por ejemplo, Eduardo Beláustegui o Rafael Cullen-. Tampoco faltaban en el grupo algunos ingenieros y arquitectos. Los rasgos comunes que reunían los amigos de los Bunge era que todos ellos ejercían una profesión liberal, generalmente alternada con la actividad intelectual y con algún empleo provisto por el Estado. A grandes rasgos, se trataba entonces de figuras sociales nuevas que comenzaban a trazar fronteras más claras entre la cultura –o la ciencia- y la política³¹. Sus puestos al servicio del Estado no eran políticos, sino burocráticos y a raíz de sus condiciones de expertos en disciplinas especializadas. La mayoría de ellos eran escritores diletantes que vivían gracias a su profesión o el empleo estatal, sin embargo, sus intervenciones públicas surgían y eran deudoras de su trabajo intelectual.

No están ausentes en el grupo, sin embargo, quienes empezaban a dar los primeros pasos en la política. Predominan –ya no sólo entre los varones, sino también entre las mujeres- apellidos tradicionales del interior vinculados en mayor o menor medida con la elite política. Los Avellaneda, los Ibarguren y los Uriburu, por ejemplo, serían familias protagonistas de la política en este período y amigos cercanos de los Bunge Arteaga. Entre las mejores amigas de Julia y Delfina se cuentan las hijas de Roca y de Manuel Quintana, además de los sobrinos e hijos de Nicolás Avellaneda. Estos lazos sociales entre la élite

³⁰ Se trata de 179 individuos, 104 varones y 75 mujeres que fueron extraídos de Julia Valentina Bunge, *Vida...*, y de Lucía Gálvez, *Delfina Bunge...* Las trayectorias de éstos fueron consultadas en varios diccionarios biográficos y genealogías. Ver Bibliografía.

³¹ Para una caracterización minuciosa de estas nuevas figuras sociales, ver Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en Id., *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997.

política y la incipiente élite intelectual no deben sorprender ya que, como sostiene Halperín Donghi, existía entre los dos un mecanismo de mutua legitimación. En un contexto en el que los comicios eran meramente administrativos, la élite política se sirvió de los científicos y expertos para legitimarse. A su vez, esto creaba entre los científicos y expertos mayores oportunidades para el reconocimiento del prestigio intelectual³². En ese sentido, si la elite política contribuía a dotar de prestigio a los intelectuales al reconocer sus méritos, los intelectuales que formaban parte o establecían relaciones con el mundo de la política brindaban un suplemento de autoridad a quien tuviese aspiraciones de poder. Estas dinámicas de mutua legitimación tenían su correlato en la vida social de los Bunge Arteaga y organizaban su mundo de relaciones. Cabe tener en cuenta, sin embargo, que en las relaciones entre la élite política y esta incipiente élite intelectual a la que los Bunge pertenecían no eran horizontales. Como sostuvo Viñas para los hombres del '80, los intelectuales eran “segundones”, pues si bien estaban próximos a las principales figuras políticas, a la vez dependían de ellos para desarrollar sus ideas, pues lo hacían gracias a sus empleos públicos, y también para que éstas se ejecuten³³. En definitiva, su prestigio social –articulado en torno a su identidad como hombres de ideas- estaba sujeto a las decisiones de los hombres de la política.

La ausencia de apellidos “estancieros” dentro del círculo amical de los Bunge podría sugerir la existencia de grupos sociales diferenciados. En efecto, llama la atención que las familias más representativas de la elite económica –terratenientes, industriales o financistas- se encuentren totalmente ausentes en este círculo, aún teniendo en cuenta que algunas de ellas tuviesen con los Bunge Arteaga una relación de parentesco directo. Los hijos menores del ya mencionado terrateniente Emilio Bunge, cuyas edades eran similares a las de sus primos Bunge Arteaga, no aparecen entre las amistades de Julia y Delfina. “Nunca me ha festejado ningún estanciero (...) ¿Por qué siempre abogados, médicos y

³² Tulio Halperín Donghi, “Intelectuales en la primera democracia argentina (1910-1930)”, en Mariano Plotkin y Ricardo González Leandri (ed.), *Localismo y globalización. Aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000, pp. 85-115.

³³ David Viñas, *Literatura argentina y realidad política. Apogeo de la oligarquía*, Buenos Aires, Siglo XX, 1975, pp. 102-103. La referencia a este aspecto usualmente invisibilizado que establece una diferenciación jerarquizada entre la esfera política y la esfera intelectual fue gracias a la lúcida lectura que Paula Bruno hizo de la obra de Viñas. Ver Paula Bruno, “Segundones cómplices. Acerca de la lectura de David Viñas sobre los *gentlemen* escritores del Ochenta”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, N°14, 2010, pp. 183-186.

políticos? (...) no conozco ningún estanciero auténtico”³⁴ se lamentaba Julia Bunge Arteaga en su diario. Es que, en efecto, dentro de su círculo de relaciones no había varones que respondieran al perfil del hacendado tan comúnmente asociado a los grupos económica y socialmente dominantes del 900, lo que atentaba contra las aspiraciones de Julia. Aspiraciones que probablemente escaparan a sus posibilidades.

Esto no significa empero que las familias más ricas de Buenos Aires no tuvieran relación alguna con Julia y su familia, sino que los encuentros con ésta eran esporádicos y ocurrían en circunstancias excepcionales, como los veraneos en Mar del Plata –que para los Bunge es un destino poco frecuente y al que acuden sólo hacia fines de la primera década del siglo XX- o en algunos bailes. Va a ser en la *Biarritz* local y no en la temporada porteña donde Julia se cruce, por ejemplo, con Emilio Álzaga o con Luis Blaquier, ambos hacendados, pero estos no visitan la casa de los Bunge Arteaga en Buenos Aires ni ocupan un lugar en la abultada agenda de visitas de las mujeres de la familia. El carácter particular de estos encuentros queda en evidencia en la importancia que les atribuye Julia en su diario. Por ejemplo, en 1900, conoce en Córdoba a Emilio Anchorena, miembro de una de las ramas más acaudaladas de esta familia. A tres años de haber ocurrido el encuentro, la mayor de las hermanas Bunge dedica un día de su diario a narrarlo con lujo de detalles y no sin un dejo de nostalgia. “¡La Falda! ¡Córdoba! ¡Cuántos recuerdos! (...) (Con Emilio Anchorena) conversábamos, caminábamos juntos, me escuchaba cantar, leía a mi lado. Y se fue.”³⁵.

Aunque Julia lo recordara con nostalgia, el roce tan cercano de ésta y de su hermana con las familias más ricas no era alentado por sus padres. Entre otras cosas, Octavio pide formalmente a Emilio Anchorena que deje de hacerle regalos a Julia y luego le niega su solicitud para visitar la residencia porteña de los Bunge Arteaga. Es que, según éste, los requisitos que debían cumplir los posibles consortes de Julia y Delfina eran otros. Entre ellos, el mérito intelectual y profesional ocupaba un lugar central. Por mencionar sólo el ejemplo más recurrente, Carlos Becú, un abogado que, como se ha dicho más arriba, alternaba el ejercicio de su profesión con la docencia y el empleo público -y que cortejó a Julia durante varios años y desaires-, era especialmente bienvenido en el hogar de los

³⁴ Julia Valentina Bunge, *Vida...*, p. 442.

³⁵ Julia Valentina Bunge, *Vida...*, p. 77-79. Sobre la familia Anchorena, ver Roy Hora, “La trayectoria económica de la familia Anchorena (1800-1945)”, versión mimeo.

Bunge. Escribe Julia en su diario, “lo aprecian en casa (...) No siendo un mozo de fortuna, no de apellido, ni de posición, es únicamente por sus condiciones morales que les gusta”³⁶. Las consideraciones que hacen María Luisa, Carlos Octavio y Roberto sobre Carlos Becú es que el mérito y el esfuerzo, ambos asociados a una noción de moral, son los capitales más valorados en los pretendientes de Julia³⁷. Es que para el sector de las clases altas al que los Bunge Arteaga pertenecían, integrado por familias cuyo roce con el mundo de la cultura iba más allá de la asistencia a las veladas en la Ópera o en el Colón, el prestigio intelectual y profesional se traducía en capital social. El mismo Becú afirmaba que “por mi trabajo y mis esfuerzos he llegado a ser bien recibido por las familias más distinguidas”³⁸.

Sin embargo, no debe sorprender que el prestigio social se construyese de formas disímiles en las clases altas. Para Mercedes Guerrico, una destacada coleccionista de arte y viuda del primo de Octavio, Hugo Bunge Ramos Mejía –también un reconocido jurista-, las destrezas intelectuales eran garantía de éxito social³⁹. “Todos merecen casarse con lo mejor de lo mejor” iba a comentarle a María Luisa sobre sus hijos. Por el contrario, para otra allegada a la familia “si se están metidos en su casa, estudiando, nadie los va a conocer, y se van a quedar hechos unos solterones”⁴⁰. Estas expresiones, una vez más, sugieren la coexistencia de múltiples modelos de éxito social.

Por cuestiones de extensión, no nos explayaremos aquí sobre los límites de la meritocracia, cuestión que amerita un tratamiento por separado. Sin embargo, cabe mencionar que la importancia otorgada al mérito no impidió que éste sector de las clases altas también se mostrara reacio a incorporar en sus filas a los recién llegados, cuestión que queda en evidencia al mirar las pautas matrimoniales de la red de relaciones de los Bunge Arteaga. Si bien el 82% de los miembros del mundo social de los Bunge que se casó entre 1900 y 1920, lo hizo con un profesional o con la hija de un profesional, menos del 10% de ellos se casaron con individuos provenientes de familias con arribo posterior a 1860. En este sentido, si bien en las primeras dos décadas del siglo XX el universo de profesionales e intelectuales ya no se encontraba restringido a los viejos linajes, este grupo no parece haber

³⁶ Julia Valentina Bunge, *Vida...*, p. 70.

³⁷ Julia Valentina Bunge, *Vida...*, pp. 70-71

³⁸ Julia Valentina Bunge, *Vida...*, p. 513.

³⁹ Sobre la familia Guerrico, ver María Isabel Baldasarre, *Los dueños del arte...*, pp. 147-161. Ver también Lucrecia de Oliveira César, *Coleccionistas argentinos. Los Guerrico*, Buenos Aires, Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, 1988.

⁴⁰ Julia Valentina Bunge, *Vida...*, p. 122.

permanecido ajeno al proceso de endogamia social que recorrió a las clases altas en general.

Consumos y estilo de vida: ¿aristocratización o ascetismo burgués?

La posición económica de Octavio y su familia empalidecía al lado de las fortunas de sus hermanos Laura, Emilio y Rodolfo y de muchas otras las familias terratenientes del 900. A la muerte de su madre, Octavio, que en ese momento contaba con quince años, debió otorgar parte de esa herencia a su tío Hugo para cubrir los costos de su manutención. Otra parte importante la destinaría a un viaje por Europa al terminar sus estudios⁴¹. Su casamiento en 1874 con María Luisa Arteaga no otorgaría mayores beneficios económicos a Octavio. El abuelo de María Luisa había arribado a las costas del Río de la Plata en las primeras décadas del siglo XIX, aunque desde el País Vasco. Inmediatamente, se afincó en Montevideo para dedicarse al comercio⁴². Al igual que el primer Bunge, afianzaría sus lazos comerciales emparentándose con familias locales al contraer matrimonio con Lucía María Gómez Calvo, hija y nieta por el lado materno de comerciantes españoles. Algunos de los siete hijos de Juan Antonio y Lucía lograrían ocupar sólidas posiciones tanto en Montevideo como en Buenos Aires. Sin embargo, Carlos, el padre de María Luisa y abuelo de los Bunge Arteaga, no sería demasiado próspero en los negocios. En 1852, se casó con Luisa Sánchez Fouguet, una porteña cuya familia se encontraba exiliada en la ciudad uruguaya, y se estableció en San Fernando, al norte de la ciudad de Buenos Aires⁴³. Allí reuniría una modesta fortuna dedicándose al comercio hasta caer en la quiebra hacia fines de la década de 1860. A partir de entonces y hasta su muerte en 1871 mantendría a sus tres hijas trabajando como empleado en una estancia⁴⁴.

De esta manera, sin un legado económico significativo, los Bunge Arteaga dependerían principalmente de los ingresos percibidos por Octavio como empleado del

⁴¹ María Luisa Arteaga a Delfina Bunge, 1910. Citada en Eduardo José Cárdenas y Carlos Manuel Payá, *La familia...*, p. 81.

⁴² Eduardo José Cárdenas y Carlos Manuel Payá, *La familia...*

⁴³ Diego Herrera Vegas, *Familias Argentinas...*, 2006, Julia Valentina Bunge, *Vida. Época maravillosa. 1903-1911*, Buenos Aires, Emecé, 1965, p. 17 y Eduardo José Cárdenas y Carlos Manuel Payá, *La familia...*. Las trayectorias de los Arteaga fueron extraídas, además de los ya citados, de Ricardo Goldaracena, *El libro de los linajes*, Tomo 2, Montevideo, Arca, 1978.

⁴⁴ Diario íntimo de Delfina Bunge, cuaderno XXIV, p. 221. Citado en Eduardo José Cárdenas y Carlos Manuel Payá, *La familia...*, p. 127.

Poder Judicial⁴⁵. En 1892, Ernesto Madero, cuñado de María Luisa, escribía a su hermano Francisco que “(Octavio Bunge) está pobre y con ocho hijos, viviendo en San Isidro todo el año porque no tiene más que su sueldo”⁴⁶. No sabemos si Octavio tuvo oportunidades reales de enriquecerse, pero lo cierto es que en la casa de los Bunge Arteaga el desarrollo profesional era más valorado que la prosperidad económica. Continúa Ernesto Madero en la ya citada carta diciendo que “(Octavio) entiende que un juez no debe ocuparse sino de su puesto y que es incompatible con los negocios”.

Más allá de su falta de fortuna, el estilo de vida de los Bunge Arteaga era bastante austero, cuestión que queda en evidencia, por ejemplo, en sus lugares de residencia. Si bien, como dice Julia, “siempre vivimos en casas muy grandes”⁴⁷, estas solían localizarse en las áreas periféricas de los que han sido caracterizados como los epicentros residenciales de las clases altas. A mediados de la década de 1880, cuando muchas de las familias encumbradas ya se habían desplazado hacia el norte de la Plaza de Mayo, los Bunge continuaban viviendo en una casa sobre la calle Tacuarí⁴⁸. En 1889, se mudaron a San Isidro, un pueblo al norte de la ciudad de Buenos Aires. Cinco años después, cuando Octavio fue designado como Juez de la Suprema Corte, volvieron a mudarse a la capital. Esta vez a Reconquista al 600, cerca de la Plaza San Martín, es decir, algo más cerca de los núcleos residenciales de las elites. Finalmente, a principios de siglo y hasta la muerte de Octavio en 1909 se establecerían en Callao 1575, a tres cuadras de la Avenida Alvear, la calle más aristocrática de la *belle époque*. Salvo la vivienda de Callao, las restantes eran alquiladas, generalmente a la familia de Pedro Anchorena.

Si bien se ubicaba más cerca de los barrios más exclusivos de la ciudad, la residencia de Callao de los Bunge Arteaga no se asemejaba en nada en arquitectura y en confort a los modernos palacios que comenzaban a construir las familias más ricas en Barrio Norte y Recoleta. Era una casa de dos plantas. Los Bunge vivían en la planta baja y durante varios años alquilaron el piso de arriba a uno de los hijos de Bonifacio Lastra. Si bien cada miembro de la familia tenía su propio cuarto –la casa contaba con nueve

⁴⁵ Vicente Cutolo, *Nuevo Diccionario Biográfico*, Buenos Aires, Elche, 1978.

⁴⁶ Ernesto Madero a Francisco Madero, 29 de enero de 1892. Citada en Eduardo José Cárdenas y Carlos Manuel Payá, *La familia...*, p. 227

⁴⁷ Julia Valentina Bunge, *Vida...*, p. 20.

⁴⁸ Sobre el desplazamiento residencial de la alta sociedad porteña, ver Leandro Losada, *La alta sociedad...*, cap. II.

habitaciones-, estos se ubicaban en la misma planta, donde también estaban los espacios destinados a la recepción- y estaban conectados por una galería que daba al jardín⁴⁹. Su mantenimiento suponía un esfuerzo grande para la familia Bunge Arteaga para el que no bastaba sólo con el aporte de Carlos Octavio. “Cinco personas que atender, y cinco de servicio (indispensables), y para todo esto, sueldos, comida, limpieza, planchado, etc., (papá) quiere darme \$ 800 por mes. ¿Cómo me las puedo arreglar? Papá dice que las alemanas están acostumbradas a gastar poco y son muy ordenadas y que ya voy a ver cómo Margarita, con un poco más que ponga Alejandro, va a salir del paso”⁵⁰ protestaba Julia en 1908. El presupuesto que Carlos Octavio asignaba a Julia para mantener la casa familiar es realmente bajo si estimamos que el salario más frecuentemente ofrecido al servicio doméstico era de cuarenta pesos⁵¹. Difícilmente, un plantel doméstico de cinco personas representara un costo tan significativo para las familias más ricas de este período -que de acuerdo a algunas estimaciones prudentes tenían un ingreso mensual que superaba los 50 mil pesos⁵²- como lo era para los Bunge. Pero además, el plantel de esta familia era relativamente chico considerando que en algunos hogares vecinos éste podía llegar a la docena, y predominantemente alemán y español, cuando lo más distinguido y costoso era que fuese francés.

Los amigos cercanos de los Bunge Arteaga presentan patrones residenciales similares⁵³. De acuerdo a las direcciones ofrecidas por las guías sociales, entre 1903 y 1910 solo tres familias de este grupo vivieron a menos de tres cuadras de la Plaza San Martín, epicentro junto a la Avenida Alvear de las residencias más ostentosas de la *belle époque*: los Aldao Nicolorich, los Tedín Urriburu y los Vidal Molina. La mayoría residía algo más al sur, en el barrio de Catedral al Norte al sur de la avenida Córdoba, que si en las últimas décadas del siglo XIX había sido el más exclusivo en la primera década del '900 comenzaba a perder peso en relación a los barrios de Retiro y Recoleta. Con respecto a este último, de todo el grupo, los Bunge Arteaga eran quienes vivían más cerca de la avenida

⁴⁹ Julia Valentina Bunge, *Vida...*, p. 19.

⁵⁰ *Ibid*, p. 435.

⁵¹ Este salario fue estimado a partir de una muestra aleatoria de cien avisos clasificados del diario La Prensa publicados en ese año.

⁵² Roy Hora, “La evolución de la desigualdad en la Argentina del siglo XIX: una agenda en construcción”, en *Desarrollo Económico*, vol. 47, N° 187, octubre-diciembre 2007.

⁵³ Las direcciones de las familias se extrajeron de las siguientes guías: *Libro de oro* 1903, 1905 y 1910, *Guía Kraft* 1905 y *Guía Social Butterfly* 1908.

Alvear: a tres cuadras y media, como se ha dicho. Pero además, junto a los Jurado Obligado y a la familia de Bonifacio Lastra, eran los únicos que vivían en una zona central de la Recoleta. Los otros cinco que residían en este barrio lo hacían en los márgenes, es decir entre las avenidas Santa Fe y Córdoba de norte a sur y entre Cerrito y Callao de este a oeste. Por último, no faltan en este grupo quienes habitaron en barrios mucho más modestos. Por ejemplo, en esos años los Avellaneda Garmendia y los Molina Carranza vivieron en el barrio de Congreso, los Alemán Costa en Montserrat y los Rodríguez en Barracas.

Las características de la casa de los Bunge y los patrones residenciales de éstos y sus amigos eran bastante menos ostentosos que las mansiones que habitaron en esos años algunas familias terratenientes, como el palacio Anchorena, frente a plaza San Martín – actual Cancillería-. Es que estos distaban de llevar un estilo de vida opulento, cuestión que queda en evidencia cuando Julia, ocasionalmente, acudía a un baile en alguna de esas mansiones. En esas ocasiones, no podía dejar de manifestar en su diario el embelesamiento por un lujo al que no estaba del todo habituada. Por ejemplo, cuando asiste a un baile en el palacio Dorrego, uno de los más característicos de la Buenos Aires del '900, Julia escribe: “Una fiesta grandiosa (...) ¡Qué lujo! ¡Qué arte! En los muebles, tapices, cuadros, mármoles, bronces, chimeneas, espejos, lámparas”⁵⁴. Pero además, para Julia cada uno de esos eventos representaba un gasto en *toilette* que no siempre podía afrontar. “Para un gran baile como iba a ser el de Llavallol (...) necesitaba un vestido de gran modista y de lujo. No teniéndolo, no podía ir”⁵⁵.

Además de las posibilidades económicas, a juzgar por los diarios de Julia y Delfina los Bunge Arteaga no parecían demasiado preocupados por consumir bienes de lujo como forma de distinción. De hecho, lo que parecía primar era la austeridad, cuestión que queda de manifiesto, por ejemplo, en las estrategias de Delfina y Julia para armar su *toilette* con poco dinero. “Compramos unos sombreros muy baratos que vimos al pasar, en una vidriera; celestes, muy grandes, y los adornamos con terciopelo negro. Teñimos de celeste, con azul de lavandera unos vestidos viejos de muselina blancos y al vestirnos completamos la toilette con un gran moño de cinta solferino”⁵⁶. Para Julia, la más *mondaine* de la familia,

⁵⁴ Julia Valentina Bunge, *Vida...*, pp. 64-65

⁵⁵ Julia Valentina Bunge, *Vida...*, p. 490.

⁵⁶ Julia Valentina Bunge, *Vida...*, p. 22.

las restricciones presupuestarias y la moralidad austera provocaban ciertas contradicciones, pues muchas veces debía destacarse entre modelos traídos de París con vestidos confeccionados por María Luisa o teñidos por ella misma.. “No estoy loca para gastar un disparate en un vestido para una o dos noches (...) algunas niñas han cambiado de idea mandándose hacer los vestidos con la Carrau y en Lombardi. ¡Para una noche! ¡Oh, terrible competencia!”⁵⁷. En ocasiones, Julia debía arreglar su *toilette* para brillar en los salones aristocráticos con una mensualidad que apenas duplicaba el salario del servicio doméstico. “Papá me ha asignado para vestirme, músicas, libros, paseos, entradas de teatro, etc., \$100 mensuales. No tengo ni para empezar (...) a pesar de tener el género, en la hechura del vestido, y arreglo de un sombrero se me han ido \$1200! ...quedan cuentas escalonadas, bien ordenadas, para ir pagándolas en el invierno, con la mensualidad de \$100”⁵⁸.

Una combinación de falta de riqueza y de una moralidad que colocaba a la austeridad en el centro, hacía del estilo de vida de los Bunge Arteaga muy poco aristocrático. En ese sentido, presenta un fuerte contraste con la más difundida, y no por ello menos real, imagen de la elite rural como un grupo que se caracterizó en estos años por la ostentación, cuando no extravagancia, y el consumo de bienes suntuarios. Resulta, por lo tanto, difícil concebir a ambos dentro del mismo colectivo social.

Palabras finales

La familia Bunge es una lupa ideal para reflexionar sobre el grado de unidad, las heterogeneidades y las identidades que atravesaron a los grupos encumbrados del período que aquí nos ocupa. Su arribo algo tardío al Río de la Plata, su lugar marginal en relación a la elite económica, sus vínculos cercanos con una elite política a la que ninguno de sus miembros pertenecía, su posición predominante en un campo intelectual cuya autonomía contribuyeron a forjar, la participación activa de una de las mujeres del grupo familiar en la vida literaria del 900 son algunos de los indicios que nos hacen suponer un universo complejo y esquivo a las categorizaciones habituales. En efecto, resulta difícil asimilar estas características con los retratos habituales de la “oligarquía porteña” que tiraba manteca al techo en París.

⁵⁷ Julia Valentina Bunge, *Vida...*, p. 111.

⁵⁸ Julia Valentina Bunge, *Vida...*, pp. 434-435.

Sumergirnos en el mundo de esta familia nos permite observar un universo social y cultural que pone en cuestión la existencia de una cultura de clase homogénea que agrupó a los sectores socialmente encumbrados y que funcionó como faro para el resto de la sociedad. En efecto, los Bunge Arteaga pertenecieron a un grupo de las clases altas compuesto mayoritariamente por profesionales liberales, funcionarios estatales, políticos e intelectuales -todos vinculados en mayor o menor medida al mundo de la cultura- que se mantuvo al margen de la aristocratización. Para este grupo, más que el linaje, el refinamiento y el lujo, fueron el mérito y la austeridad algunos de los pilares sobre los que construyó su identidad, tanto ante la emergencia de nuevos sectores sociales como ante otros grupos de las clases altas.

En ese sentido, este universo social sugiere que las clases altas del 900 respondieron de diversas formas a los desafíos que conllevó la emergencia de una sociedad más compleja. Si el sector más acaudalado de las clases altas respondió al aluvión inmigratorio, a la movilidad social y al cuestionamiento de las jerarquías tradicionales con hábitos aristocráticos y un estilo de vida ostentoso, otro sector menos rico, si bien no fue del todo ajeno a esta aristocratización, reaccionó incorporando algunas pautas propias de un orden social más moderno, como la valoración del desarrollo profesional e intelectual y la meritocracia.

Fuentes

Prensa

- La Nación
- La Prensa

Censos

- Censo Parroquial de la Ciudad de Buenos Aires, 1855
- Censo Nacional de la Argentina, 1869
- Censo Nacional de la Argentina 1895

Sucesiones

- Carlos Augusto Bunge

Diccionarios biográficos y genealogías

- Abad de Santillán, Diego, *Gran Enciclopedia Argentina*, 8 tomos, Buenos Aires, Ediar, 1959.
- Calvo, Carlos, *Nobiliario del Antiguo Virreinato del Río de la Plata*, 7 tomos, Buenos Aires, Bernabé y Cía, 1939.
- Cutolo, Vicente, *Nuevo diccionario biográfico argentino*, 7 tomos, Buenos Aires, Elche, 1968.
- Goldaracena, Ricardo *El libro de los linajes*, Tomo 2, Montevideo, Arca, 1978.
- Herrera Vegas, Diego y Jáuregui Rueda, Carlos, *Familias argentinas*, Tomo 1, Buenos Aires, Callao 1823, 2003.
- Herrera Vegas, Diego, *Familias argentinas*, Tomo 2, Buenos Aires, Callao 1823, 2006.
- Quién es Quién, Buenos Aires, Kraft, 1941.

Diarios, memorias y biografías

- Bunge, Julia Valentina, *Vida. Época maravillosa. 1903-1911*, Buenos Aires, Emecé, 1965.
- Cárdenas, Eduardo José y Payá, Carlos Manuel, *La familia de Octavio Bunge*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1995
- _____, *La Argentina de los hermanos Bunge. 1901-1907*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1997.
- Gálvez, Lucía, *Delfina Bunge. Diarios íntimos de una época brillante*, Buenos Aires, Planeta, 2000.
- Gálvez, Manuel, *Recuerdos de la vida literaria. Amigos y maestros de mi juventud*, Buenos Aires, Hachette, 1961.
- Oliveira César, Lucrecia, *Coleccionistas argentinos. Los Guerrico*, Buenos Aires, Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, 1988.

Guías sociales

- Libro de oro 1903, 1905 y 1910.
- Guía Kraft 1905
- Guía Social Butterfly 1908

Bibliografía

- Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997.
- Baldasarre, María Isabel, *Los dueños del arte. Coleccionismo y consumo cultural en Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.
- Balmori, Diana, Voss, Stuart F. y Wortman, Miles, *Las alianzas de familias de familias y la formación del país en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Botana, Natalio, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916 (1977)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994.
- Bower, Stephanie, “Political and socio-economics elites: The encounter of provincials with porteños in the fin-de-siècle Buenos Aires”, en *The Americas*, 59:3, January 2003, pp. 379-403.
- Bragoni, Beatriz, *Los hijos de la revolución. Familia, negocios y poder en Mendoza en el siglo XIX*, Buenos Aires, Taurus, 1999.
- _____, “Un linaje de notables del interior argentino en el proceso de unificación política: los Civit de Mendoza”, en *Entrepasados*, Año XVI, N° 31, comienzos de 2007, pp. 13-34.
- Bruno, Paula, “Segundones cómplices. Acerca de la lectura de David Viñas sobre los *gentlemen* escritores del Ochenta”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, N°14, 2010, pp. 183-186.
- _____, *Pioneros culturales de la Argentina. Biografías de una época*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.
- Davidoff, Leonore y Hall, Catherine, *Family Fortunes. Men and women of the english middle class, 1780-1850*, Londres, Routledge, 2002 (1987)
- De Imaz, José Luis, “Alejandro E. Bunge, economista y sociólogo (1880-1943)”, en *Desarrollo Económico*, vol. 14, N° 55, octubre-diciembre 1974, pp. 545-567
- Ferrer, Aldo, *La economía argentina. Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004 (1963).
- Gayol, Sandra, *Honor y duelo en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.
- Gelman, “El mundo rural en transición”, en Noemí Goldman (dir.), *Revolución, república, confederación (1806-1852). Nueva Historia argentina. Tomo 3*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2000.
- Gilbert, Jorge, *Empresario y empresa en la Argentina moderna. El grupo Tornquist, 1873-1930*, tesis de maestría, Universidad de San Andrés, Julio de 2001.
- Ginzburg, Carlo, “Microhistory: Two or Three Things That I Know about It”, en *Critical Inquiry*, Vol. 20, No. 1, Autumn, 1993, pp. 10-35.
- González Bollo, Hernán, “La formación intelectual del Ingeniero Alejandro Ernesto Bunge (1880-1913)”, en *Valores*, Año XXII, N° 59, mayo de 2004.
- Halperín Donghi, Tulio, , “La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires”, en Torcuato Di Tella y Tulio Halperín Donghi (comps.), *Los fragmentos del poder*, Buenos Aires, Ed. Jorge Álvarez, 1969.
- _____ “The Buenos Aires Landed Class and the Shape of Argentine Politics (1820-1930),” en Evelyn Huber y Frank Safford (ed.), *Agrarian Structure and Political Power: Landlord and Peasant in the Making of Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1995, pp. 39-66.

- _____, “Intelectuales en la primera democracia argentina (1910-1930)”, en Mariano Plotkin y Ricardo González Leandri (ed.), *Localismo y globalización. Aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000, pp. 85-115.
- _____, *Revolución y Guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.
- _____, *La formación de la clase terrateniente bonaerense*, Buenos Aires, Prometeo, 2007.
- Herrera, Claudia, “Redes de parentesco, azúcar y poder: la elite azucarera tucumana en la segunda mitad del siglo XIX”, en *Entrepasados*, Año XVI, N° 31, comienzos de 2007, pp. 35-54.
- Hora, Roy, “Terratenientes, industriales y clase dominante en Argentina. Respuesta a una crítica”, en *Desarrollo Económico*, vol. 41, nro. 161 (abril-junio de 2001)
- _____, “La elite social argentina del siglo XIX. Algunas reflexiones a partir de la historia de la familia Senillosa”, en *Anuario IEHS*, N°17, Tandil, 2002
- _____, *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002
- _____, “Del comercio a la tierra y más allá. Los negocios de Juan José y Nicolás de Anchorena (1810-1856)”, en *Desarrollo Económico*, vol. 44, nro. 176, (enero-marzo de 2005).
- _____, *Los estancieros contra el Estado. La Liga agraria y la formación del ruralismo político en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.
- _____, “La trayectoria económica de la familia Anchorena (1800-1945)”, mimeo
- _____, “La evolución de la desigualdad en la Argentina del siglo XIX: una agenda en construcción”, en *Desarrollo Económico*, vol. 47, N° 187, octubre-diciembre 2007.
- _____, “Los grandes industriales de Buenos Aires: sus patrones de consumo e inversión, y su lugar en el seno de las elites económicas argentinas, 1870-1914”, en *Anuario IEHS*, N° 24, 2009.
- Llach, Juan José, “Alejandro Bunge, la Revista de Economía Argentina y los orígenes del estancamiento económico argentino”, en *Valores*, Año XXII, N°59, Buenos Aires, mayo de 2004
- Losada, Leandro, "Sociabilidad, distinción y alta sociedad en Buenos Aires: Los clubes sociales de la elite porteña (1880-1930)" en *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, vol. 45, N° 180, enero-marzo 2006 (pp. 547-572).
- _____, “¿Oligarquía o elites? Estructura y composición de las clases altas en la ciudad de Buenos Aires entre 1880 y 1930”, en *Hispanic American Historical Review* , 87 (1), 2007, pp. 43-75
- _____, *La alta sociedad en la Buenos Aires de la belle époque. Sociabilidad, estilos de vida e identidades*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008
- Malosetti Costa, Laura, *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001
- Miguez, Eduardo, “Familias de clase media: la formación de un modelo”, en Fernando Devoto y Marta Madero (dirs.), *Historia de la vida privada en la Argentina. La Argentina plural (1870-1930)*. Tomo 2, Buenos Aires, Taurus, 1999, pp. 21-45.

- Myers, Jorge, “Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de la sociabilidad de la elite”, en Fernando Devoto y Marta Madero (comps.), *Historia de la vida privada en Argentina. Tomo I: País antiguo. De la colonia a 1870*, Buenos Aires, Taurus, 1999.
- Oddone, Jacinto, *La burguesía terrateniente argentina*, Buenos Aires, Ediciones Iberá, 1967 (1930).
- Pantaleón, Jorge, “El surgimiento de la nueva economía argentina: el caso Bunge”. En Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comp.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Paidós. 2004, pp. 175, 201.
- Paz, Gustavo L., “El gobierno de los ‘conspicuos’: familia y poder en Jujuy, 1853-1875”, en Hilda Sabato y Alberto Lettieri (comps.) *La vida política en Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 223-241
- Reguera, Andrea, *Patrón de estancias. Ramón Santamarina: una biografía de fortuna y poder en la pampa*, Buenos Aires, Eudeba, 2006.
- Rocchi, Fernando, *Chimneys in the Desert. Industrialization in Argentina During the export Boom Years, 1870-1930*, Stanford, Stanford University Press, 2006.
- Sabato, Jorge, *La clase dominante en la Argentina moderna. Formación y características*, Buenos Aires, CISEA-Imago mundi, 1991.
- Schvarzer, Jorge, *Empresarios del pasado. La Unión industrial Argentina*, Buenos Aires, Imago Mundi, 1991
- Socolow, Susan, “Parejas bien constituidas: la elección matrimonial en la Argentina colonial, 1778-1810”, en *Anuario IEHS*, N°5, Tandil, 1990.
- _____, *Los mercaderes del Buenos Aires virreinal. Familia y comercio*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1991.
- Terán, Oscar, “Carlos Octavio Bunge: entre el científico y el político”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, Año 2, N° 2, Universidad Nacional de Quilmes, Quilmes, 1998.
- _____, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000
- Viñas, David, *Literatura argentina y realidad política. Apogeo de la oligarquía*, Buenos Aires, Siglo XX, 1975.
- Zimmermann, Eduardo, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana-Universidad de San Andrés, 1995.